



Liberalismo y catolicismo en Colombia: la lucha contra una “religiosidad africana”

Sumario

Liberalismo y catolicismo en Colombia: La lucha contra una “religiosidad africana”

Resumen

Este artículo presenta algunas de las pautas discursivas, culturales y sociales que posibilitaron la contextualización del anticlericalismo dentro del conflicto bipartidista de la Colombia contemporánea. Se parte de la idea de que el anticlericalismo se convirtió, en la mayoría de los países católicos, en una alternativa cultural y epistémica a la “crisis de sentido” que la modernidad y la pérdida del monopolio de la construcción social de la realidad que parte del catolicismo provocó. Dejamos entrever que es necesario superar los análisis basados en términos de “irracionalidad” o de “pura sed de venganza” a los actos de la furia anticlerical de abril de 1948. Considero que debe contextualizarse como el último y definitiva pugna, esta vez a cara descubierta, entre dos formas de ver el mundo y de entender las relaciones humanas con la divinidad, entre dos verdaderos sistemas omnicomprensivos que nacen con el inicio, provocado por la modernización religiosa, de las luchas políticas por el control del espacio o los sistemas de representación.

Palabras clave: anticlericalismo, secularización, pureza religiosa, violencia, cultura liberal, clero.

Abstract

In this article some of the discussions, cultural and social guidelines appear that made possible the contextualización of the anticlericalism within the bipartisan conflict of contemporary Colombia. Starting off of the idea that the anticlericalism became, in most of the catholic countries, a cultural and knowledge alternative to the “crisis of sense” that the modernity and the loss of the monopoly of the social construction of the reality on the part of the catholicism caused, we let glimpse that it is necessary to surpass the analyses based on terms of “irrationality” or of “pure thirst of revenge” to the acts of the anticlerical fury of April of 1948. Let us think that they must be related to the context like the last and definitive confrontation, this time to discovered face, between two forms to see the world and to understand the human relations with the divinity, between two true integral systems that are born with the beginning, caused by the religious modernization, of the political fights by the control of the space or the systems of representation.

Key words: anticlericalism, secularization, religious purity, violence, liberal culture, clergy.

Gustavo Arce Fustero: Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza (España) y Magíster en Historia por la Universidad Industrial de Santander (Colombia). Diplomado en Sociología por la UNED (Madrid) y estudios en Antropología Social y Cultural por la misma Universidad. Es candidato a Doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza. Actualmente trabaja como profesor de Geografía, Historia y Ciencias Sociales en el IES Emilio Jimeno de Calatayud, Zaragoza.

Correo electrónico: gustavoarce60@hotmail.com

Liberalismo y catolicismo en Colombia: la lucha contra una “religiosidad africana”

Sumario

Liberalismo y catolicismo en Colombia: La lucha contra una “religiosidad africana”

Resumen

Este artículo presenta algunas de las pautas discursivas, culturales y sociales que posibilitaron la contextualización del anticlericalismo dentro del conflicto bipartidista de la Colombia contemporánea. Se parte de la idea de que el anticlericalismo se convirtió, en la mayoría de los países católicos, en una alternativa cultural y epistémica a la “crisis de sentido” que la modernidad y la pérdida del monopolio de la construcción social de la realidad que parte del catolicismo provocó. Dejamos entrever que es necesario superar los análisis basados en términos de “irracionalidad” o de “pura sed de venganza” a los actos de la furia anticlerical de abril de 1948. Considero que debe contextualizarse como el último y definitiva pugna, esta vez a cara descubierta, entre dos formas de ver el mundo y de entender las relaciones humanas con la divinidad, entre dos verdaderos sistemas omnicomprensivos que nacen con el inicio, provocado por la modernización religiosa, de las luchas políticas por el control del espacio o los sistemas de representación.

Palabras clave: anticlericalismo, secularización, pureza religiosa, violencia, cultura liberal, clero.

Abstract

In this article some of the discussions, cultural and social guidelines appear that made possible the contextualización of the anticlericalism within the bipartisan conflict of contemporary Colombia. Starting off of the idea that the anticlericalism became, in most of the catholic countries, a cultural and knowledge alternative to the “crisis of sense” that the modernity and the loss of the monopoly of the social construction of the reality on the part of the catholicism caused, we let glimpse that it is necessary to surpass the analyses based on terms of “irrationality” or of “pure thirst of revenge” to the acts of the anticlerical fury of April of 1948. Let us think that they must be related to the context like the last and definitive confrontation, this time to discovered face, between two forms to see the world and to understand the human relations with the divinity, between two true integral systems that are born with the beginning, caused by the religious modernization, of the political fights by the control of the space or the systems of representation.

Key words: anticlericalism, secularization, religious purity, violence, liberal culture, clergy.

Gustavo Arce Fustero: Licenciado en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza (España) y Magíster en Historia por la Universidad Industrial de Santander (Colombia). Diplomado en Sociología por la UNED (Madrid) y estudios en Antropología Social y Cultural por la misma Universidad. Es candidato a Doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza. Actualmente trabaja como profesor de Geografía, Historia y Ciencias Sociales en el IES Emilio Jimeno de Calatayud, Zaragoza.

Correo electrónico: gustavoarce60@hotmail.com



Liberalismo y catolicismo en Colombia: la lucha contra una “religiosidad africana”

Gustavo Arce Fustero

“Si para asegurar definitivamente el imperio de la libertad en Colombia es preciso todavía dar la última batalla, no sería natural que nos sustrajésemos a la obligación de participar un poco en ella, únicamente por la mortificación que pudiera causarnos el hecho de aparecer ante el mundo como los últimos hugonotes”.

El Espectador, 19 de Mayo de 1920

El presente artículo forma parte de un proyecto de investigación iniciado en el año 2000 que trata de rastrear algunas de las pautas que hacen posible una comparación de los procesos de la “secularización tardía” de España y Colombia entre los años 1930 y 1948. La llegada de dos regímenes de talante liberal como la II República y la República Liberal respectivamente pusieron sobre la mesa aspectos que habían sido aplazados de forma sistemática desde hacía siglos. Aspectos tan conocidos y debatidos como el papel representado por la Iglesia en la política o su suplantación de los poderes civiles en materias asistenciales o educativas poseen una importancia capital, pero insuficiente para alcanzar plena comprensión sobre la violencia y las formas de acción que determinados segmentos sociales observaron como legítima e incluso necesaria contra el clero y sus símbolos.

Lo primero que deberíamos hacer explícito es que el concepto de secularización no debe ser entendido como un proceso inevitable, lineal e incluso teleológico. Al contrario, deberíamos ser conscientes de que no existe un modelo universal ni perfecto de secularización, sino que debe ser entendido como un marco amplio a través del cual es posible analizar el papel menguante de la externalidad religiosa y las metáforas hipostasias, deificadas y, asimismo, debe ser entendido como un proceso acelerado y/o frenado por los mismos seres humanos. Las vías de secularización serán, pues, distintas, en la medida en que lo sean las relaciones entre lo sagrado, lo político y lo profano en las distintas latitudes, como en los dos casos que hemos manejado.

El primer paso que las fuerzas secularizadoras de ambos países dieron, y el que es objeto de este artículo, fue el de consolidar la *deconstrucción del discurso católico* y su cosmovisión de la realidad. Es un proceso paralelo, en ocasiones previo, al de la construcción de una alternativa para ese “mundo de vida” minado por la modernidad. El discurso de deslegitimación es común a España y Colombia, pero adquiere matices y vías diferentes. En ambos casos se observa un punto fundamental: la necesidad de desacralizar la figura del cura, vínculo humano y malévolo entre lo profano y lo sagrado, que bajo el dogma católico adquiere un valor simbólico sobrenatural.

En Colombia la desacralización de la figura del cura tuvo lugar a través de su colocación en el centro del conflicto político, bipartidista. Es lo que en nuestra investigación hemos llamado “la vía por excelencia” de la secularización colombiana. Un clero politizado era un clero desacralizado,

criticable y, en última instancia, sacrificable. Las imágenes tantas veces agitadas del "clero politiquero", de "los anticuras" o de los "falsos profetas" muestran la necesidad política, pero también religiosa, de arrancar la categoría de sagrados a los curas y colocarlos en el borde de lo sacrificable.

La lucha contra un tipo de religiosidad excluyente, politizada, extrínseca, barroca y basada en apariencias más que en actos acabó solidificando una metáfora que en las fuentes se repite a menudo, era la lucha contra una religiosidad africana, supersticiosa, antimoderna, obstáculo del progreso y la civilización.

Este proceso de estigmatización del clero colombiano fue progresivo y desigual, pero tuvo picos de aceleración y vehemencia claramente rastreables. En circunstancias especialmente críticas, como la proximidad de elecciones o la radicalización de la violencia en determinadas zonas, se multiplicaban las denuncias de actos poco morales para ministros de Dios o de implicación clerical en la violencia bipartidista. La función de estas acusaciones y su prolija descripción en las primeras páginas de los grandes diarios fue evidentemente la de hacer abandonar al clero el lugar que culturalmente les daba el conservatismo y el catolicismo como funcionarios de lo divino, para pasar a situarlos como funcionarios de lo humano, pero no de todos los humanos, sino del Partido Conservador y su violencia antiliberal. El liberalismo presentó al clero desempeñando roles ambiguos, peligrosamente cercanos a los límites permitidos por la colectividad liberal. Así, eran acusados de legitimar, cuando no formar parte directa, de las masacres y la violencia conservadora, de justificarla e incluso de servir de refugio y almacén (en sus casas curales y conventos) a personas y armas con las que luego serían asesinados.

Es una constante en las fuentes de prensa liberales acusar al clero de ser instigador directo de la violencia física y las masacres conservadoras y justificar los actos de irreverencia anticlerical como las consecuencias de esas acciones. Sin embargo hay un hecho reseñable que muestra bien a las claras los términos y la encrucijada en la que muchos liberales se encontraban.

Creemos firmemente que en Colombia existía cierta cultura de iconoclastia y de irreverencia ante lo sagrado, porque lo ocurrido en 1948 en buena parte del país debe heredarse de prácticas más o menos sancionadas por la comunidad. Es imposible pensar que actos de la envergadura antiritual y la violencia antisimbólica posteriores al asesinato de Gaitán surgieran de un día para otro. Las fuentes conservadoras dan buena fe de esos actos durante estas dos décadas y lo muestran como un constante botón de muestra de lo que esperaba al país y sus sentimientos religiosos si las reformas liberales y los fantasmas del comunismo y el protestantismo triunfaban en Colombia. Aunque quizá exagerados, fuentes como la Revista de la Universidad Javeriana, las Conferencias Episcopales, escritos de obispos o semanarios religiosos ofrecen, aunque sin detalles (por el impacto y el efecto imitador que ello podía tener) multitud de testimonios de actos que ellos denominaban sacrílegos. La prensa liberal insistía en colocarlos como actos aislados, de individuos ciertamente extravagantes y no vinculados con la racionalidad liberal.

En el fondo subyace la necesidad de pensar que son personas ajenas a la comunidad las que efectúan ese tipo de actos, de creer que son sujetos con algún tipo de predisposición a efectuar actos de este tipo, casi individuos con patologías que son insertados en categorías (casi siempre locos) que permiten concluir que no son individuos "normales", sino extravagantes.¹ En abril de 1948 este tipo de análisis saltará por los aires porque aquello fue una explosión incontrolada de furor destructivo y violencia, porque quienes entonces quemaron confesionarios y asaltaron licorerías no fueron individuos con cuadros psicóticos, sino gentes de toda condición y naturaleza. Esa es una de las facetas que más desconcertaron a la élite y al Partido Liberal, que guardó un profundo silencio y que pareció sumida en una crisis de inteligibilidad por lo sucedido, por lo que no fue extraño que se generalizasen las tesis de que todo había sido fruto de un complot, de una conspiración llevada a cabo por los comunistas.

Daba igual quien hubiese organizado todo aquello, lo importante era pensar, saber y

¹ Uno de los muchos ejemplos lo tenemos el 6 de febrero de 1922, cuando tras un acto de iconoclastia en el templo de Miraflores, Vanguardia Liberal se apresura a decir que "no fue un liberal sino un loco quien profanó el templo" en un claro ejercicio de desvinculación de la crítica anticlerical que se efectuaba y los actos populares que el mismo anticlericalismo reformista (muy distinto al iconoclasta) no alcanzaba a comprender.



atribuir los desmanes a estados o fuerzas excepcionales. Quitando la autonomía y la conciencia de la acción de las masas se evitaba pensar que cada uno de los actores de aquella gran explosión había decidido, libre y autónomamente, que su objetivo inmediato no era sino destruir lo que había considerado el núcleo de su ira.

Y cada uno de los actos del “bogotazo” es posible porque existía en gran parte de la población liberal una soterrada cultura de agresión hacia lo sagrado que se muestra con toda su intensidad en el momento en el que la coyuntura así lo posibilita. Unas resistencias cotidianas y ataques a posesiones y miembros del clero a lo largo de la geografía del país que no son sistemáticas, pero que nutren la lógica de una cultura liberal que aceptaba como válida la agresión y la irreverencia ante la membresía eclesial y sus símbolos sacralizantes.

Cada uno de esos actos iba siempre seguido de actos públicos de desagravio, que contrastaban con la clandestinidad de los de agresión. En las publicaciones no se solían dar detalles de la violencia llevada a cabo contra esos símbolos. En 1920, cuenta Vanguardia Liberal, un lienzo de la Virgen de Chiquinquirá fue desagraviado mediante un acto de “ofensa”. Por ello mismo, y “para mantener viva en el espíritu de los rionegranos la execración contra los consumidores de este sacrilegio”, se verificarían como días de fiesta públicos durante cuatro días seguidos, donde no faltarían “el consabido derroche de buen humor, los múltiples aditamentos de la fiesta, los bailes, los matachines, etc...” (Vanguardia Liberal, 1920).

El sacrilegio, anónimo y asociado casi siempre a patologías individuales por parte de la prensa liberal, debía ser correctamente agraviado, sancionado pública y ritualmente. De “desgraciada joven loca” se calificaba a una joven que había penetrado en la Iglesia de la Concepción para intentar, en plena misa, “profanar el copón”. Unos meses después se definía como un posible caso de ajuste de cuentas el hecho de que un grupo de asaltantes hubiesen penetrado de noche en el cementerio católico y hubiesen “dañado algunas cruces, roto varias lápidas” y hubiesen “destruido los libros de registro” (con la simbología que ello tiene de tratar de borrar las huellas que estigmatizan y clasifican en función de la adscripción religiosa). Se acusó a enemigos del guardián del

cementerio, pero mucho nos tememos que se trataba de una forma de atenuar el impacto que este tipo de acciones podían tener (Vanguardia Liberal, 1922).²

Estas resistencias y ataques son más cotidianos de lo que puedan parecer y reflejan una subcultura de agresiones y de irreverencia hacia los elementos consagrados por el catolicismo, no se daban a un nivel generalizado. Hay formas de anticlericalismo bastante más evidentes, casi recurrentes y que en determinados contextos adquieren un “status” de señas de identidad anticlerical.

Durante la década de los años veinte la prensa liberal va objetivando una serie imágenes anticlericales relacionadas con la figura del sacerdote que cristalizan en una asimilación del clero con los sectores más duros y violentos del conservatismo y que adquieren altos niveles de agresividad verbal que acaban conllevando ataques físicos, casi siempre en forma de pedradas grupales, hacia ellos.

En primer lugar encontramos una continua alusión a la traición que la Iglesia Católica y sus ministros han efectuado hacia la causa del Cristo-Hombre. Una crítica moral que conlleva una relectura de los Evangelios, de la misión de la clerecía y de la dimensión sagrada de la vida. Paralela a esta crítica corre la propia creación de una religiosidad alternativa, una visión “desde el otro lado” del catolicismo. Son numerosísimas las editoriales en las que se habla de que el clero “anda en prevaricato, corrupción, traición, etc.”, se les acusa de ser el paradigma de la “irreligiosidad”, que no dejan de ser “hombres corroidos por todas las emanaciones del vicio, que se empeñan en llamarse a sí mismos los escogidos de Dios, los defensores de la moral y del pueblo” (Vanguardia Liberal, 1920).

Pero lejos de acusaciones sobre su condición humana, es decir, sobre sus debilidades como hombres, lo que el liberalismo se encarga de propagar y agitar constantemente es lo que menos le perdona al clero: su implicación en la violencia conservadora. Ello les ha manchado las manos de sangre, les ha hecho tomar partido en la lucha bipartidista y les ha convertido doblemente: por un lado en cómplices de los asesinatos y de la violencia antiliberal, agitada y justificada desde los púlpitos y las hojas parroquiales y, en segundo lugar, en víctimas potenciales de ataques liberales, al haberse colocado en medio del fuego cruzado entre los

² El primer caso en “Una hija de María profana es sagrario”, 21 de febrero de 1922. El caso del cementerio en “Profanación del cementerio católico”, 10 de septiembre de 1922. Ambos en *Vanguardia Liberal*.

dos partidos. La intromisión en actos de agitación violenta fue definida por el liberalismo como de "anticristiana intransigencia".

En plena efervescencia y confrontación violenta se hablaba de una *lucha* religiosa, de una "conducta antievangélica cuyos dolorosos frutos", en forma de matanzas y de exclusión, el país estaba recogiendo,

"Estos representantes del Redentor, quien fue, según lo declaran los libros sagrados, todo amor, todo caridad y todo benevolencia, son los que en cada elección prenden la tea de la discordia y del odio y, formada la hoguera de los malos sentimientos, soplan para enardecer las pasiones y producir conflictos, no sólo entre los hombres sino en el seno de las familias. Allí están los ejemplos recientes y palpables, lo ocurrido en las poblaciones del Chaparral, Pacho, Tocaima, Neiva y otras del país: la sangre ha corrido ya mediante las excitaciones de los sacerdotes contra los liberales" (Vanguardia Liberal, 1922).

Pero sigamos con la narración de la interpretación que las publicaciones liberales hicieron de la legitimidad moral de los curas para erigirse en depositarios de los mandatos de Dios en Colombia. Parece evidente que buena parte del liberalismo colombiano estaba influido por las fuentes del anticlericalismo popular de otros países y que hay temas que, a fuerza de ser recurrentes en muchos lugares, parecen universales. Los liberales colombianos, como los españoles, estaban impregnados de esa religiosidad o ese puritanismo reformista que les otorgaba, a sus ojos, una legitimidad extra a la hora de criticar y azuzar las acciones deshonorosas del clero. La crítica liberal entronca directamente con la moral reformista protestante, que pretendía un ejercicio de purificación litúrgica empezando por la propia actitud de los representantes católicos, indignos y profundamente ignorantes. El terreno sexual no es motivo habitual de escarnio en Colombia, a diferencia de España, pero no deja de haber situaciones en las que se les acusa de "pervertidos y buscadores de escándalo". En general, sin especificar los terrenos, se les acusa de doble moral, de ser "unos grandísimos hipócritas que en público condenan ostentosamente aquello mismo que tantos les solaza en privado", lo que les hace ser unos "moralistas de pega" (Vanguardia Liberal, 1921).

Algunas novelas sí presentaban la figura del cura como un competidor con el marido en

el terreno de la sexualidad y como una amenaza para su honor. En 1922 se aseguraba en un extenso editorial que "el 95 por 100 de los casos de infidelidad por parte de las esposas (...) son ocasionados por los señores de sotana y cogulla" y se citaban a continuación varios casos en este sentido. Se aludía la necesidad de exiliar a los curas, pero no por intransigencia, sino porque sería la única forma de sacar a la "querida Colombia" del retraso civilizatorio de más de "cien años" que tenía (Vanguardia Liberal, 1922).

La imagen de la mujer como víctima propiciatoria del clero también fue agitada en Colombia. En el terreno sexual, a través del confesionario, por su influencia a la hora de adoptar posiciones políticas, en contra, generalmente, de los maridos, destruyendo la unidad familiar (entendida como la sumisión absoluta de la esposa al marido) o deshonorando la figura del hombre a través de relaciones sexuales con miembros femeninos de su familia, cuya integridad, bajo parámetros típicamente machistas, el hombre debía proteger. Por eso las editoriales, en plena beligerancia verbal contra el clero, acudieron a este tipo de pensamientos tan arraigados en la cultura latina. Se afirmaba que la mujer, "por su educación y por su esencia" era "víctima inerme, víctima ilustre del desmán eclesiástico", para a continuación justificar esta afirmación diciendo que "mil veces los sacerdotes caciques han hecho enrojecer sus mejillas en el templo, convertido en circo" a través de sus críticas y el cuestionamiento de su honor. Esos sacerdotes, de nuevo definidos como "injuriosos africanos" habían "herido" el "decoro" del "esposo y de los hijos" (Vanguardia Liberal, 1922).

Además ella, como ser políticamente <menos dotado> que el hombre, estaba más expuesta a los engaños del clero y a sus ropajes oscurantistas, por lo que el "hogar liberal" acababa minado a través de uno de sus más poderosos instrumentos del poder del clero: la mujer. En un discurso en 1922 el liberal Jaime Parra afirmaba en Cúcuta que el clero "tenía en sus manos el destino del hogar liberal", puesto que por mediación de las féminas "entroniza una obediencia ciega a sus mandatos, trafica con los sentimientos religiosos" y "explota la invalidez del esposo liberal", estrangulando "toda palabra de libertad que pueda formarse en su seno. Tal albor se cumple día a día... con la eficacia callada de una maquinaria (...) que nos debilita para la lucha



del pan y para la conquista de la vida” (Parra, 1922).³

Incluso el discurso liberal masculino abordaba el tema sin tapujos cuando afirmaba que el clericalismo ponía en peligro el sistema de valores imperante en el hogar, puesto que, a través sobre todo del confesionario, “predicaba la disolución del cristianismo y aconseja a la mujer la rebelión contra el marido”, arruinando “los fundamentos más sólidos de la paz doméstica, fomentando entre los esposos la cizaña y mal aconsejando a la mujer para que se enfrente al marido, no importando la tempestad que se desate en el hogar”.

Lo que estamos viendo es que la crítica anticlerical tiene unos tintes misóginos y de defensa de valores plenamente masculinizantes que deben hacernos reflexionar sobre las distintas aristas del conflicto que estamos rastreando. No parece una casualidad que la crítica discursiva al clero fuese definida como “viril” y se centrara en la influencia que el clero ejercía sobre una figura de la mujer totalmente infravalorada en espacios distintos a los propios de su género, como la casa y el cuidado de los hijos (Vanguardia Liberal, 1923).⁴

De esta manera el futuro de la República de Colombia había quedado en manos del clero, que estaba logrando, a marchas forzadas, impedir el ascenso y la progresión del liberalismo político, no sólo por su apoyo explícito al régimen de la Regeneración, sino por su intrusión en la vida cotidiana y su capacidad para minar la unidad familiar en el seno del liberalismo, en su propia casa. Por ello no se dudaba en calificar la situación, a la altura de 1923, como de “dictadura clerical sorda e inapelable”, de “poder medieval” para “usurpar a la necesitada y respetable familia propiedades que corresponden por derecho (...) y justicia” (Vanguardia Liberal, 1923).⁵

Un recurso muy utilizado por las publicaciones de todos los signos era la de poner en boca de terceras personas (generalmente lectores) las ideas que el periódico quería expresar con rotundidad. Normalmente se trataba de acudir a argumentaciones enviadas por lectores de signo contrario al del diario que defendían las posturas de éste. Es decir, publicaciones como Vanguardia Liberal o El Tiempo

recibirían supuestas cartas de conservadores que defenderían que la injerencia del clero en política estaba corrompiendo la religión católica y estaba perjudicando a los buenos católicos. Así se defendían posturas liberales desde argumentaciones o críticas conservadoras. Igualmente El Deber o la Revista de la Universidad Javeriana se llenarían de cartas de votantes liberales indignados con su partido por su intención de minar el espíritu católico de la nación.

A través de este recurso los ataques entre partidos se hacían menos directos y se pretendía un ápice de reflexión en el “otro político”. A veces, cuando los diarios querían expresar opiniones muy contundentes o polémicas, lo hacían alegando cartas o folletos que habían llegado a sus manos y los integraban en sus editoriales. Un ejemplo que levantó una gran polémica y que resulta sugerente a nuestros ojos es el de un escrito muy duro enviado por una escritora antillana, Sabas, que Vanguardia Liberal insertó en uno de sus editoriales y que criticaba vehementemente al catolicismo con alguno de los argumentos más reiterativos en estos años. Entre otras, y lo que ciertamente resulta una novedad que hasta ahora ha sido poco estudiada en Colombia, aludía a los problemas de género y defendía que la Iglesia Católica impedía una mayor autonomía, en todos los sentidos, de las mujeres colombianas, enseñadas por aquella a permanecer sumisas y socializadas en la obediencia al cura y al marido:

“Hora es ya de que rompamos el yugo a que hemos estado sometidas desde tanto tiempo ha; hora es ya de que nos libremos del enorme cúmulo de prejuicios y de trabas que nos obligan a vivir una vida llena de martirios y miseria. Habremos terminado nuestra obra cuando los conventos hayan desaparecido, cuando el poder de la Iglesia de haya agotado, el convento sobre todo, bajo cualquier punto de vista que se le mire, es un daño que se le hace a la humanidad; ya porque le quita elementos que pudieran serle útiles, ya porque de su seno no brota ni idea ni acción benéfica, ya porque en él se cometen toda clase de vilezas y de crímenes. ¡Enemigo

³ “Conferencia política del señor Jaime Parra en el salón de Gremios Unidos de Cúcuta”, VL, 7 de septiembre de 1922.

⁴ El discurso machista en torno a la nefasta influencia del clero en los hogares y la alteración de los roles que la mujer debía desempeñar en “La paz de los hogares”, Vanguardia Liberal, 20 de febrero de 1923.

⁵ “La Dictadura clerical”, Vanguardia Liberal, 9 de agosto de 1923.

poderoso de la mujer, ya que la atrae, la encierra y muchas, pero muchas veces, la mancilla en nombre de un Dios que ella, en su ignorancia, cree piadosísimo y justo!" (Vanguardia Liberal, 1921).⁶

Y es que este debate entre el discurso anticlerical del liberalismo y el conservador tuvo en la mujer uno de sus ejes de actuación. Aunque, sorprendentemente, casi nadie ha prestado atención a este dato, el catolicismo más militante y cercano al conservatismo dirigió muchos de sus discursos a la mujer liberal, que había profanado doblemente los preceptos culturales de la Iglesia, descuidando sus roles en el plano político (ser liberal) pero también en el de su condición de mujer (que a ojos clerical-conservadores implicaba sumisión a la Iglesia, orden moral y recato público). La *Revista Diocesana* del Socorro, *Mi Parroquia* de Santander, *Familia Cristiana* de Medellín y otros diarios clericales comenzaron a producir escritos afirmando que si bien ser hombre liberal era pecado, ser mujer y liberal era una doble afrenta contra los intereses de Dios. "¿Puede una señora ser liberal?, No, si estima su decoro..." decían en estos documentos para afirmar a continuación que:

"El liberalismo aplicado a una mujer conduce al amor libre, lo que para una soltera es el desenfreno del burdel y para una casada el escándalo del matrimonio civil o las abominaciones del divorcio" (Vanguardia Liberal, 1922).⁷

Entre las razones del desprestigio que círculos liberales hacían recaer sobre el clero encontraba un lugar destacado el de que:

"ya ni las beatas más recalitrantes creen en la castidad de los sacerdotes, porque a cada paso que dan se señalan públicamente los argumentos de bulto, de carne y hueso, y se escuchan las conversaciones más documentadas y detalladas en contra de esa castidad",

A ellas se añadían otras no menos significativas como las de que:

"Nadie cree ya tampoco en el desprendimiento de los bienes terrenales (...) porque a todas horas se les ve dominados por la ambición de lucro sin reparo ni escrúpulo, valiéndose para ello de medios sagrados que el sacerdote pone a su disposición.

Nadie cree en la humildad de los sacerdotes porque diariamente los vemos dominados por la cólera y la soberbia, por el odio, la venganza, ultrajan, calumnian, persiguen y excitan el fanatismo político, provocando asonadas, desórdenes, agitaciones y crímenes violentos.

Ya nadie cree en la palabra del sacerdote porque defienden y elogian una hegemonía inicua y condenan a personas, sistemas y prácticas que gozan de la acogida favorable de la opinión.

Ya no son corteses ni respetuosos con el bello sexo, atropelladas por el clero que ha llegado a creerse superior y por encima de toda ley divina y humana.

Y en este camino han perdido el apoyo, el cariño, el respeto y la confianza de la multitud y de muchos de sus más adictos feligreses" (Vanguardia Liberal, 1922).⁸

La utilización partidista de la religión en el conflicto político fue otro motivo de escándalo liberal. Era la prueba definitiva del escaso respeto que a los conservadores merecía la religión, puesto que mezclar la violencia y la agitación partidistas con la religión no conducía sino a una debilitación sin precedentes de ésta. Así lo denunciaron desde diversos foros y esta fue la base fundamental a partir de la cual construyeron la figura estigmatizadora del *clero politiquero*, que acabó objetivada en las mentes liberales. Del centro de lo sagrado al centro de la lucha política: de lo más alto a lo más bajo, de lo sagrado a lo profano. En la prensa se multiplicaron los ejemplos cotidianos de esta injerencia, de esta desvirtuación de lo religioso. Por ello mismo los liberales siempre defendieron que su religión era más pura, verdaderamente espiritual, interiorizada, reformada. Esa religiosidad farisaica del clero fue calificada en diversas ocasiones de ateísmo clerical, para señalar la distancia que separaba la doctrina predicada y el tipo de vida seguido, y se confirmaba diariamente a través de ejemplos de la vida cotidiana. Pero no nos engañemos, existían momentos en los que estas imágenes eran agitadas con mucha más vehemencia, y esos momentos casi siempre coincidían con votaciones y disputas preelectorales o con momentos de crispación tras actos de violencia partidista. En 1921 Vanguardia Liberal calificaba a los párrocos de Lebrija, en

⁶ "La religión y la mujer", *Vanguardia Liberal*, 26 de septiembre de 1921.

⁷ "Acción social", *Vanguardia Liberal*, 30 de mayo de 1922.

⁸ "El desprestigio del clero", *Vanguardia Liberal*, 17 de febrero de 1923.



un extenso editorial, como “clero ateo estridente”, puesto que se habían atrevido a pervertir la imagen de Cristo de forma deplorable, imprimiendo su faz en el reverso de las papeletas conservadoras. Todo un ejercicio simbólico interesantísimo, tanto el de los conservadores, tratando de monopolizar la figura de Cristo, como la de los liberales, que afirmaban que esta actuación evidenciaba “un ateísmo y una irreverencia difícil de encontrar en los más empedernidos ateos de corrillo”. Concluía la editorial afirmando que llegaría “el día en que (los conservadores y el clero) pondrían la imagen de Jesús en el fondo de las escupideras y las letrinas, cuando no en los machetes y en la culata de los trabucos” (Vanguardia Liberal, 1921).⁹

Y esta acusación no tardaría en cristalizar. La imagen de los curas disparando desde su residencia o desde los campanarios de las iglesias, el mito de los almacenes en los conventos y los monasterios repletos de armas con los que atacar a los liberales fue asumido por gran parte de la población, hasta tal punto de que en la violencia en abril de 1948 estuvo plagada de actos de búsqueda de esos arsenales y de acusaciones de liberales de los ataques del clero desde sus aposentos. Los curas, a los ojos de aquellos, no sólo instigaban a disparar desde las casas curales en las décadas de los veinte y treinta, sino que teñían sus manos con sangre al disparar. Como en Lebrija, donde “atrincherados en la casa cural”, el cura, junto a otros conservadores, efectuaron “personalmente” varios disparos. Los diarios acusaron al cura, con un alto grado de generalización, de “instigador de la matanza” y “carnicero”¹⁰. El revuelo fue enorme, tanto por la alta graduación de los términos usados en la denuncia pública como por la reacción de defensa de la prensa y los sectores conservadores. Pero al día siguiente, con los ánimos supuestamente más calmados, Vanguardia Liberal ofrecía una radiografía de los hechos y concluía algo muy interesante: los verdaderos cristianos eran los ejecutados en esos disparos, “víctimas de las balas benditas, del santo párroco y de sus esbirros”. Reinterpretando el Evangelio se afirmaba que los heridos eran los verdaderos religiosos, “discípulos

de quien dijo a los hombres: amaos los unos a los otros” (Vanguardia Liberal, 1921).¹¹

Los sermones antiliberales que los curas lanzaban desde su púlpito eran repetidamente tildados de escandalosos y de antirreligiosos, de ejemplo fehaciente de que el clero había abandonado su labor sagrada para dedicarse a agitar conciencias y legitimar el exterminio llevado a cabo por los conservadores. Obedeciendo “órdenes de sus patrones” no lograban sino “retirar de la Iglesia a miembros que le han pertenecido y que como tal han sido su sostén”, como eran los liberales, tan imbuidos por la cultura católica como los demás.

Este tipo de actuaciones iban a menudo acompañadas con folletos y escritos en los que se justificaba la intervención del clero en política, puesto que si no lo hacían el liberalismo acabaría eliminándolos y persiguiéndolos como en el siglo XIX, e insistiendo en que había pecados mucho más leves que el de ser y votar liberal. Ese tipo de publicaciones clericales eran tildadas por la prensa liberal de “nauseabundas”, “leprosas” y dirigidas por curas “canallas” y “cerdos” (Vanguardia Liberal, 1921).¹²

Y si el clero no tenía ninguna intención de cambiar las reglas del juego o su actitud, ¿cómo defender que podían denominarse discípulos de Cristo? El liberalismo inició una campaña de redistribución del sentido de lo religioso y comenzó a resquebrajar la legitimidad, como representantes de la esencia religiosa, de los curas. Para ellos se redefinió la esfera de interpretación del mensaje de Jesús y del supuesto y magnificado “cristianismo primitivo”, que ponía el énfasis en el fondo y no en la forma, en la personalidad y los actos íntimos más que en las apariencias. Protestizante en una palabra, afirmaba que la religión debía desligarse de la lucha política en la medida en que su inclusión en ella la desnaturalizaba y la convertía en una religión de mercaderes, de fariseos. Los crímenes no podían ser justificados sino por “falsos discípulos de Cristo”, por “mentidos apóstoles de la caridad y el Evangelio” (Vanguardia Liberal, 1921).¹³ El inseparable trinomio entre conservatismo-religión-sangre eliminaba cualquier posibilidad de respetar un tipo de religión que

⁹ “El ateísmo clerical”, *Vanguardia Liberal*, 3 octubre 1921.

¹⁰ “La escopeta electoral de Lebrija”, *Vanguardia Liberal*, 7 octubre de 1921.

¹¹ “Los discípulos de Cristo”, *Vanguardia Liberal*, 21 de octubre de 1921.

¹² La primera cita sobre los efectos de esa intervención en “En Florida: Un cura politiquero en sermón contra los liberales”, 13 de octubre de 1921. Los duros epítetos hacia los sostenedores de esas ideas el 14 de octubre de 1921. Ambos editoriales en *Vanguardia Liberal* (a partir de ahora VL).

¹³ “Plausible actitud”, VL, 20 de octubre de 1921.

no obedecía a los considerados principios cristianos.

Era la religiosidad civil de los liberales, "lejos de los farisaicos exhibicionismos", construida a partir de una "recatada y modesta" actitud interiorizante que podía extenderse a través de la creación de redes liberales, cercanas al laicismo y el protestantismo, de educación (Vanguardia Liberal, 1920).¹⁴

Sin embargo, el liberalismo era consciente del reto al que se enfrentaba, porque a pesar de pretender extender lo que hemos llamado su "Pedagogía de la Verdad" a través de redes y asociaciones de socialización, afirmaba ser consciente del desafío que esto suponía, al tener que luchar contra un desbordante poder local y civil del cura, que tenía la capacidad de sancionar y castigar con el desarraigo, sobre todo en el mundo rural, actitudes y comportamientos alejados de la norma católico-conservadora. Se hablaba literalmente de "traición al mensaje de Jesús de Nazaret" y de "sacerdotes delincuentes (...) que descatalogizan el país y traen descrédito a una religión cuyos ministros se apartan tan violentamente de las doctrinas de Cristo" (Vanguardia Liberal, 1923).¹⁵ Y lo harían por muchos años, en todo el periodo que nos interesa, de forma que cuando el liberalismo viese de cerca la posibilidad de legislar, el clero pasaría de una actitud defensiva a otra beligerante. El liberalismo rescataría los mismos argumentos que en la década de los veinte (y antes) había utilizado: el clero no representaba a Cristo ni a los cristianos, sino que traicionaba a ambas causas, la del Cristo hombre y la de sus seguidores (entre los que se encontraban los liberales). Así, en 1929 se afirmaba que:

"el clero se olvida de las enseñanzas de Cristo, que predicó la tolerancia y la concordia, para seguir las dramáticas alternativas de una pugna política cuyo encono sólo puede perjudicar a la iglesia de Roma" (Vanguardia Liberal, 1929).¹⁶

El clero colombiano había "falsificado" la figura del enviado cristiano, hasta el punto de que se afirmaba que en Colombia existían dos figuras de Cristo, "uno legítimo y otro falsificado, uno ideal y otro que sólo sirve de pretexto para (...) hacer infelices a los hombres", y que

esa confusión sólo podía aclararse mediante en enfrentamiento directo de las dos fuerzas en disputa.

Ambas profundamente sacralizadas, las dos imbuidas de un lenguaje y una legitimidad mesiánicas y ambas con mensajes e imágenes profundamente apocalípticas. Veamos si no cómo continuaba el testimonio anterior. Es el análisis de un escritor liberal en Vanguardia:

"Deshagamos el conjuro y seamos en Colombia todos los hombres de buena voluntad verdaderos cristianos en el concepto humanitario (...) contra el privilegio odioso de una casta acaparadora que se cree dueña de vidas y haciendas, de la (...) conciencia de todos: hay que ver ahora donde están los enemigos de la juventud cristiana sabiamente conducida porque no tardará en hallarlo" (Vanguardia Liberal, 1923).¹⁷

El lenguaje liberal era, vemos, profundamente cristiano, puesto que se nutría de la misma cultura que el conservador, pero redefiniendo el núcleo duro de las representaciones y de los símbolos que facilitaban la construcción social de la realidad.

Como defendemos en nuestra investigación, esta lucha, a pesar del evidente cariz político y su contextualización en un bipartidismo cerrado y sancionado socialmente, tenía amplias dosis, como en España, de lucha religiosa. Una editorial del periódico capitalino *El Espectador*; nada sospechoso de ser anticlerical o radical, negaba la tan cacareada persecución religiosa de la que los conservadores y el clero se quejaban, pero hacía una advertencia que no podemos dejar de reseñar como importante. Allí se afirmaba que, llegado el caso, nada harían por rehuirla:

"Buscamos la paz de las conciencias como un bien para la república, pero es sabido que a ese ideal no se llega sino por el asentimiento voluntario de quienes la dan y la quitan en nombre de Dios, o por la sujeción de esos mismos varones privilegiados a las fórmulas universales que establecen la supremacía necesaria y natural del Estado sobre la Iglesia. Preferimos el primer camino pero no renunciamos al último. Si para asegurar definitivamente el imperio de la *libertad* en Colombia es

¹⁴ "La escuela de Artes y Oficios", VL, 27 de abril de 1920.

¹⁵ La primera cita en "La paz de los hogares"... *op. Cit.*, la segunda y más rotunda en "Un niño atropellado", *Vanguardia Liberal*, 7 de marzo de 1923.

¹⁶ "Lucha funesta para el catolicismo", *El Tiempo*, 5 de diciembre de 1929.

¹⁷ "Vasconcelos y el Cristo", VL, 18 de agosto de 1923.



preciso todavía dar la última *batalla*, no sería natural que nos sustrajésemos a la *obligación* de participar un poco en ella, únicamente por la *mortificación* que pudiera causarnos el hecho de aparecer ante el mundo como los últimos *hugonotes*" (EL Espectador, 1920)¹⁸.

Este espíritu reformista de la religión es constante en las publicaciones liberales durante estas dos décadas. En el fondo de lo que se trata es de definir y controlar el ámbito espacial y temporal en el que la gramática de la vida cotidiana queda definida. De ahí las fervientes y constantes críticas del liberalismo hacia los excesos pomposos y barrocos de la religiosidad católica, de la actitud hipócrita de la mayor parte de los miembros conservadores, de comunión diaria y deseosos de iniciar las matanzas antiliberales. Por eso se extendieron tanto algunas de las imágenes que hemos ido encontrando a lo largo de estos años y que encuentra, en la imagen del "puñal bendito" bajo la sotana, un caso paradigmático.

Se podía ser piadoso sin necesidad de mostrarlo públicamente, sin la obligación de obedecer ciegamente los mandatos de unos párrocos que habían dejado de representar a una inmensa mayoría de hombres y mujeres cristianos. La lucha por el control del espacio no era sino el intento de establecer una nueva inteligibilidad en la esfera en la que el mundo social era organizado significativamente. Cambiar esas unidades de significación, ya fueran reglas, fechas, esquemas, representaciones simbólicas o clasificaciones objetivadas, que acababan indicando las instrucciones que señalaban *qué y cómo* se debía pensar y actuar.

Es decir, no era una simple cuestión de ganar espacios políticos, aunque evidentemente este fuera un motivo muy importante, sino de modificar y solidificar diferentes códigos en los que la realidad debía ser *producida y habitada*.

El contencioso era dirimido en la misma esfera de la construcción social de la realidad y, por ello, sus objetivos no eran sino los aspectos velados de la realidad social, que acababan definiendo qué era la realidad y cómo se vivía. Por ello mismo cualquier discusión política acabada desbordando los mismos límites de lo político, porque lo que estaba enfrentándose eran dos formas que pugnan por controlar

aquellos mecanismos que definían qué era la realidad, cómo funcionaba, cómo se percibía y cómo se vivía (Delgado, 2001).¹⁹

Contextualizado el problema de esta manera, cobran pleno sentido muchas de las críticas al clero y muchos mecanismos de defensa del conservatismo y de la propia institución católica frente al desafío debilitador que suponían fuerzas como el liberalismo, el librepensamiento, el socialismo o el protestantismo. No sólo había querellas políticas, sino que los conflictos espaciales e incluso los de puesta en escena de la religión advertían de que de lo que se trataba era de redefinir los significados sociales en los que el mundo de vida católico se asentaba.

La "ciudad" estaba "sitiada" porque lo que aquellas fuerzas cuestionaban de forma implícita era la misma capacidad del catolicismo para aglutinar a todos los miembros de la comunidad social en torno a determinados valores y normas para la acción e interpretación del mundo. Y esa quiebra está íntimamente unida a la secularización, no entendida bajo presupuestos teleológicos, sino como proceso gradual de subjetivización de la experiencia religiosa, con la ruptura del binomio catolicismo-comunidad y la fragmentación de las fuerzas capaces de dotar de eficacia a la significación misma del mundo.

Fue la institución cultural del catolicismo la atacada durante abril de 1948 y durante las décadas anteriores. Fueron sus símbolos, como dotadores de sentido y representantes del motor principal de legitimación social y cultural. En 1920 se tachaba de "adefesio litúrgico" la tradicional Fiesta de la Buena Prensa. Evidentemente esta crítica refleja un grave problema político, como era la mezcla de aquel campo con el de lo religioso y la consiguiente pérdida de capacidad electoral del liberalismo, cuyos diarios no eran loados en este tipo de fiestas. Pero creemos que detrás subyace una lucha por la redefinición de lo religioso y su traslado al ámbito de lo subjetivo, lo privado. En una palabra se trataba de purificar el mismo acto religioso, haciéndolo más trascendente. Porque la fiesta de la prensa podía o no celebrarse, pero como decía el corresponsal de Vanguardia, cualquier sitio sería mejor que un "lugar sagrado".

¹⁸ "Hacia la lucha religiosa", *El Espectador*, 19 de mayo de 1920. La cursiva es nuestra.

¹⁹ El mejor texto teórico sobre el anticlericalismo como lucha en torno a "lo invisible" de la vida social y el espacio como portador de significado es el de Manuel Delgado, *Luces iconoclastas. Anticlericalismo, espacio y ritual en la España contemporánea*. Ariel, Barcelona, 2001.

El mismo espíritu protestizante encontramos en las consideraciones que el mismo diario hizo, pocos días después, de la fiesta del Corpus Christi. Afirmaba que aquello ya no era:

“una solemnidad propiamente religiosa (...). Lo creemos así porque consideramos que los objetos de culto que salen a las calles públicas pierden su carácter místico para dar lugar al espectáculo (...). Nada tan eminentemente profano como una calle”, cuya función “los clérigos tropicales han malinterpretado y hoy está convertida en forma degenerativa, en un mundano pasatiempo de acomodadores de tabernáculos del peor gusto y en especulación menguada y chirle de exóticos vendedores de fruta”.

Toda esa parafernalia teatralizadora convertía esa fiesta, supuestamente sagrada en “un plebeyo espectáculo por una errónea interpretación de la intención que guió en el ánimo de sus fundadores”. La descripción es tan prolija como significativa y acaba abogando a un cambio en las formas en beneficio mismo del hecho religioso, por un estilo “serio, solemne”, alejado de “atiborrados altares heteróclitos y bizarros”. Este tipo de críticas reformistas es constante durante las tres décadas que nos ocupan y demuestran el interés del liberalismo no por desprenderse y eliminar lo religioso, sino por efectuar una reinterpretación de tal, una forma barroca, exuberante y antimoderna, de concebir lo sagrado.²⁰ No se podía definir con más contundencia cuando se afirmaba que el régimen conservador y su maridaje con el catolicismo daban al país una fisonomía “triste, pobre, decadente y africana” (Vanguardia Liberal, 1921)²¹.

En semejante coyuntura no podía esperarse de los sacerdotes “fanáticos y mal hablados” sino un comportamiento “colérico y enfermo”, “salvajes espectáculos” impropios de “países civilizados”²². Y es que era una creencia común y arraigada en amplios sectores que en Colombia, “por desgracia, más que religión hay rigidez dogmática, no hay creencias arraigadas, ni fe clara”. El catolicismo era más un

sistema cultural y de vínculo político, que un sentimiento personal. Lo que anhelaba el liberalismo, en sus propias palabras, era “...una religiosidad constructiva, una religiosidad desconocida aquí. Nada de exabruptos e imposiciones. Convicción, conveniencia, empuje, influencia de libertad, no peso de esclavitud...”, y se afirmaba que lo que existía en el país era un honda tradición católica que, desde la cultura, daba forma a lo social y ponía las bases de la interpretación de la realidad, puesto que “podría decirse de Colombia que es la Unión de los Creyentes Obligados” (Vanguardia Liberal, 1923).²³

En Colombia la alineación de la inmensa mayoría de los curas con el conservatismo y su apoyo, más o menos explícito, al combate y a la acción directa contra los liberales, favoreció la imagen, que las publicaciones liberales se encargarían de difundir ampliamente, de un clero cuyas manos estaban manchadas de sangre, un *clero politiquero* que había olvidado que su reino no pertenecía a este mundo. El liberalismo construyó una visión maniquea de los clérigos en torno a si respetaba o no este precepto cristiano. El *buen cura*, pendiente de su feligresía (sin excepciones) y dedicado en exclusiva a aspectos espirituales, frente al *mal cura*, politiquero, fariseo, que escondía bajo su sotana armas e intereses políticos. Un “clero canalla” que se dedicaba a azuzar los ánimos desde el púlpito, que invadía esferas que no le correspondían y que impedía la resolución de los conflictos políticos por vías pacíficas. La denuncia de casos de este tipo en la prensa es tan extensa que se podía dedicar una tesis entera al análisis de estos casos y su significado latente. En Vanguardia Liberal se denunciaban actos clericales y discursos en los que se hacía apología del exterminio liberal y se trataba de evidenciar su bajeza moral. Utilizar la cándida figura de los niños y de las mujeres fue un recurso muy habitual en este sentido, ¿qué mejor forma de denunciar la iniquidad moral del clero que presentarlo como corruptor de las mentes más débiles, las de mujeres y niños?²⁴ Los abusos del clero en las escuelas y su influjo a la hora de predisponer a las almas

²⁰ Ambas críticas fueron publicadas por *Vanguardia Liberal*. La crítica del *adefesio litúrgico* en “Fiesta de la Buena Prensa”, el 31 de mayo de 1920. La del Corpus Christi en el editorial, del mismo título, del 5 de junio de 1920.

²¹ “Pólvora y Tedeum”, *VL*, 20 de julio de 1921.

²² “Injurias a una distinguida señorita”, *VL*, 30 de agosto de 1921.

²³ Ambas citas en “Satisfacciones que no bastan”, *VL*, 8 de diciembre de 1923.

²⁴ Resulta muy interesante el tratamiento que los liberales hacen entre la religión y sus propias mujeres. A menudo denuncian las acusaciones del clero hacia su supuesta impudicia y el cambio de roles que la modernidad iba introduciendo. Sin embargo, y esto debería ser motivo de análisis, el liberalismo define a menudo como “conducta viril” la



de los niños y niñas en contra del liberalismo desató sus iras. Del cura de Manizales se decía, en 1921, haber repartido un folleto entre los fieles y entre algunos niños con una retahíla que debía ser entonada en fiestas y antes de iniciar las clases que decía:

“Cristianos venid, Cristianos llegad,
a subir a Ospina, a subir a Ospina,
sobre el santo altar, para que destruya,
la logia infernal” (Vanguardia Liberal, 1921)²⁵

Los encendidos discursos antiliberales del clero en el púlpito solían acabar con incidentes de todo tipo. Y es que todo se desarrollaba, sobre todo una vez que nos acercamos a la mitad de la década de los veinte, bajo parámetros realmente teatralizadores.

Nos explicamos: la gente acudía a la parroquia y el cura comenzaba, en ocasiones, a criticar la actitud de los parroquianos liberales, de forma más o menos agresiva. Normalmente la feligresía liberal optaba por una de estas dos vías, una interrumpir el sermón del sacerdote, llegando a injuriarle o a criticarle abiertamente, creando en la parroquia un estado de verdadera lucha dialéctica o bien, y la otra opción, era mucho más secundada, podía optar por abandonar en masa, y en silencio, el recinto parroquial. Este último de los casos está documentado en multitud de ocasiones y denota una coherencia interna con lo que eran los presupuestos liberales en materia religiosa. La salida de la iglesia se realizaba en actitud respetuosa, que demostrara al cura su superioridad moral. Bien podemos pensar que los propios hombres liberales acudían a misa en grupos con la intención de, a la mínima referencia negativa a su condición política, hacer pública y manifiesta su disconformidad con el cura local.

Es decir, en última instancia bien podía ser una forma de protesta colectiva ritualizada y de afirmación colectiva de las creencias. Porque lo que seguía en esos casos también solía adquirir pautas de ritualidad violenta: el grupo liberal que había abandonado la iglesia se reunía frente a ella para esperar la salida de los conservadores y del cura. Entonces proferían gritos, insultos y podían comenzar a lanzar piedras contra todos ellos. Ambos bandos entonaban respectivos vivas al Partido Liberal y a

Cristo Rey y el conservatismo respectivamente, pero en numerosas ocasiones las cosas iban más allá y lo que había empezado por un sermón antiliberal acababa, en virtud de todo un memorial de agravios interiorizado, en una auténtica batalla campal con intercambio de pedradas o, en el peor de los casos, de disparos.

El liberalismo universalizó una de las imágenes anticlericales que más ha perdurado en su memoria colectiva, y que se repitió en épocas de crisis y de tensión: la de los curas atrincherados en sus parroquias o en sus casas con varios elementos conservadores disparando contra los liberales que pasaban por la calle pacíficamente o acudían a votar. Las denuncias de estos actos se multiplicaron a partir de 1922 y en abril de 1948 estaban plenamente cristalizadas. Era una imagen en la que se condensaban emocionalmente muchas de las críticas morales que se hacían al clero: su implicación directa en la violencia, su abandono del Evangelio, su cobardía, su doble moral y su malévolos premeditación. Estos disparos podían efectuarse incluso sin que mediara provocación, como, ocurrió en 1921 en Lebríja, donde el párroco Luis Fidel Pinzón, “adoptando una conducta totalmente opuesta a su elevada misión evangelizadora, provocó un gravísimo conflicto atacando a balazos desde la casa cural, asociado a otros compañeros” a los liberales que acudían “pacíficamente” a votar (Vanguardia Liberal, 1921)²⁶

Y no se trataba de una “violencia caliente”, engeguedada por el ardor de la dialéctica incendiaria. Lo que resultaba más angustioso era la fría premeditación con la que a ojos liberales, estos actos tenían lugar. El ostentoso catolicismo de aquellos que se encerraban con el cura a asesinar liberales no hacía sino confirmar las sospechas de éstos: que la exteriorización teatral de lo católico estaba más cerca de la religiosidad “africana” (como ellos la denominaban), que de un sentimiento religioso puro, reformado y acorde con un país desarrollado. La participación en ritos católicos pertenecía más a formas culturales de socialización que a sentimientos religiosos. Incluso a veces estaba más cercana a manifestaciones públicas y exteriores de sentimientos políticos que a otros más elevados.

crítica pública al clero y la denuncia de sus prácticas inmorales. No debería olvidarse este dato a la hora de relacionar otros aspectos vinculados culturalmente con la masculinidad en Colombia como la bebida o la violencia para analizar los actos del “bogotazo”.

²⁵ “Ecos nacionales”, *VL*, 14 septiembre de 1921.

²⁶ “El Concejo de Lebríja propone el cambio de párroco”, *VL*, 19 de octubre de 1921.

Así lo denunciaban constantemente escritores y columnistas liberales, para quienes era un ejercicio de fina hipocresía que aquellos que tenían sus manos llenas de sangre y cargaban sobre sus conciencias las muertes de varios liberales fueran vistos posteriormente "a las puertas de la casa cural y portando vela en las procesiones" (Vanguardia Liberal, 1920).²⁷

Las denuncias en las primeras páginas de los diarios son constantes, casi diarias, a varias columnas y con grandes titulares se repiten cabeceras aludiendo al carácter pérfido del clero. Implicado directamente en la violencia, había entrado en un juego en el que no iba a ser respetado. Su condición de ministros de Dios dejó de ser la prioritaria para convertirse en cómplice de la violencia conservadora. A partir de entonces la intimidación liberal lo tendría en el centro de sus objetivos.

En Lebrija se afirmaba que el cura había señalado directamente, con nombres y apellidos, algunos de los más destacados partícipes liberales como objetivos de un proceso de limpieza local. A los pocos días uno de ellos, Santos Sanabria, aparecía asesinado. Vanguardia Liberal proponía un ejercicio de un simbolismo enorme. El cadáver iba a ser transportado a Bucaramanga y proponía en su editorial que fuese velado y trasladado multitudinariamente por la ciudad, haciendo una parada estratégica frente a la parroquia de San Laureano, "como un acto de muda protesta contra la parcialidad oficial y contra la violencia de ciertos sacerdotes" (Vanguardia Liberal, 1922)²⁸.

La vinculación emocional entre clero, conservatismo y violencia quedaba perfectamente sellada con la multiplicación de estas denuncias en torno al acuartelamiento de los curas y

los conservadores en las iglesias para disparar a los liberales. Cuando no eran responsables directos, lo eran tácitamente por sus diatribas desde su posición de poder que les daban el púlpito y el confesionario (Vanguardia Liberal, 1922).²⁹ La religión estaba siendo desprestigiada en nombre de unos valores que sólo podían ser dirimidos en el terreno de lo humano, de lo político. La religión no podía estar al servicio de ningún partido, no sólo por cuestiones de justicia política, sino porque en ese juego estaba poniéndose en cuestión la misma esencia de lo religioso y se estaba pervertiendo el mensaje originario del cristianismo. Así lo advertían los liberales acudiendo a los mismos evangelios cuando afirmaban que:

"desvirtúan sustancialmente su misión de amor y de caridad (...) y apartándose de Dios se acercan al enemigo común, engañados por el ropaje *hipócrito* de los *fariseos* (...). Que la sangre de Cristo que se ofreció a sí mismo como holocausto limpie vuestras conciencias de estas obras de muerte y que os aparte de la soberbia y de la rebeldía para que podáis cumplir vuestra misión de servir al *verdadero Dios* mediante la observancia de sus preceptos" (Vanguardia Liberal, 1922)³⁰.

La trascendencia y el impacto de muchos de estos escritos venía dado por el hecho de que eran presentados, como ya advertimos, como discursos elaborados por agentes cristianos con una visión distinta de la labor que el clero debía llevar a cabo. En concreto el editorial que acabamos de transcribir en parte era presentada por el rotativo liberal como una carta manuscrita de un presbítero de Venezuela que había llegado a su redacción. La dureza de

²⁷ "Persecución a los liberales", VL, 19 de octubre de 1920.

²⁸ "Es asesinado en Lebrija el señor Santos Sanabria", VL, 23 de enero de 1922.

²⁹ La multiplicación de titulares en la prensa bumanguesa sobre los actos de violencia en la que el clero estaba directamente implicado podrían hacer de esta narración un ejercicio tedioso. A partir de 1922 las referencias en VL son constantes y cada vez más explícitas. Siempre ocupando varias columnas se repetían rotativos del tipo: "Palo, piedra y cuchillo contra los liberales. El cura párroco es responsable" (11-2-1922); "Como en Lebrija disparan desde la casa cural" (11-1-1922); "Las hojas difamadoras. La religión no es patrimonio de los conservadores" (2-2-1922); "Violentos improprios de un cura contra Relator" (1-3-1922); "Un sacerdote envenena a una señorita con estricteína en la hostia consagrada" (lo que era calificado de "horrendo crimen sacrílego") (8-3-1922); "La dictadura eclesiástica" (25-3-1922); "Un cura falsificador de moneda" (6-4-1922); "Se le niega la comunión a un liberal" (28-3-1922); "La mujer liberal ante la barbarie eclesiástica" (24-5-1922); "La ciudadanía liberal ante la barbarie eclesiástica" (27-5-1922); "La intransigencia de un párroco" (1-6-1922); "Un fraile escandaloso" (29-8-1922); "El hábito no hace al monje" (7-10-1922); "Siempre los curas" (14-10-1922); "La trinidad maléfica" (refiriéndose al **alcalde**, el **cura** y el **gamonal**) (4-11-1922); "Infame postura de un clérigo" (8-12-1922).

³⁰ "A los venerables sacerdotes colombianos. Palabras fraternales", VL, 13 de febrero de 1922. La cursiva es nuestra.



sus manifestaciones y la coincidencia de sus argumentos con las de los liberales no podía ser deslegitimada con argumentos políticos, puesto que era un sacerdote, un *buen sacerdote* (en el esquema bipolar liberal) el que llamaba a la cordura y al cambio de actitud de sus homónimos. Este tipo de recursos también podían tener una doble función, por un lado atenuaban la posible ansiedad de los liberales al encontrarse atrapados entre una dialéctica anticlerical y una cultura asumida profundamente católica, por otra podía tener un efecto de reflexión en los sectores conservadores que leían la prensa, al poner en boca de personajes con autoridad para ellos, lo que los liberales solían argumentar.

También la violencia se ejercía desde la otra frontera. Numerosos sacerdotes fueron asesinados en épocas de tensión preelectoral. Los periódicos conservadores se esforzaban por vincular estas muertes a la persecución anticlerical y a una línea heredada de las políticas liberales radicales del siglo XIX. El liberalismo trataba, como en el caso de los sacrilegios, de restar motivación política a estos sucesos, defendiendo siempre que se trataba de actos de bandidaje y que si el asesinado era un cura era mera casualidad.

Eliminar connotaciones políticas en estos actos fue una constante en diarios como *El Tiempo* o *Vanguardia Liberal* que trataban de quitarse de encima las acusaciones conservadoras de ser instigadores de una nueva persecución religiosa. La lucha era entre civilización y barbarie, entre oscurantismo y progreso, entre una pedagogía trasnochada y otra liberadora. El problema era presentado a partir de la premisa de que “el atraso” en que estaba sumido Colombia era fruto de que era el “único país del mundo” en el que existía “un estado déspota eclesiástico”, haciendo de ello la raíz de todos los problemas sociales, políticos e incluso económicos. Cualquier reforma debía partir de esa base y necesitaba plantearse de forma prioritaria acabar con ese estado de las cosas. Por eso el Partido Liberal puso tanto énfasis en la Reforma del Concordato, en modificar las bases sobre las que la realidad social y política era construida. Sólo con un cambio de esta naturaleza, con una modificación de raíz, los sacerdotes serían “verdaderos ministros de

Dios” y dejarían de “traicionar a la cristiandad” (*Vanguardia Liberal*, 1923)³¹.

La narración de unos actos de violencia en la localidad santandereana de Málaga en 1922 muestran, en tono apocalíptico, cómo el liberalismo presentaba el conflicto. Merece la pena transcribir entera la narración y contextualizarla.

El origen de los desmanes tiene su origen en algo muy típico en la violencia bipartidista de Colombia, el memorial de agravios que cada generación hereda de sus padres o abuelos. Así el entierro de un liberal asesinado por los conservadores, alimentado a través del mito y el vínculo primario de la sangre derramada, acaba convirtiendo una reunión liberal en todo un, y la definición no es nada aleatoria, “Martirologio por la Libertad”. En el relato de los hechos se procede a presentar los hechos bajo un maniqueísmo y una mitologema realmente paradigmática. La reunión liberal es respondida por un llamamiento a la movilización del cura de la localidad que:

“seguido por la chusma, eligió como itinerario la calle que de la plaza principal conduce al cementerio laico, probablemente con el objeto de provocar un choque al encontrarse las dos procesiones: la del clérigo liberalófobo, seguida de la turba aun mal oliente a chicha y a guarapo, exhibiendo muchos de ellos el cuchillo y el revólver al cinto, a la par que un mugriento escapulario, bien ostensible por fuera de la ruana. La otra compuesta de ciudadanos conscientes de sus deberes y sus derechos, de caballeros que con veneración y respeto –exponentes de cultura– seguían tras el tricolor colombiano (...). Las dos agrupaciones son todo un símbolo: de un lado la intransigencia política, el odio sectario, las turbas ignaras y abyectas, hermanas de aquellos de chacales que en Quito llenaron de oprobio todo un continente; y del otro, la falange representativa del progreso, de la civilización y del decoro patrios, toda vez que el personal que las integraba es honra (...) de la sociedad que los cuenta en su seno” (*Vanguardia Liberal*, 1922).³²

Muy pocos textos pueden expresar con tanta emotividad algunas de las ideas que

³¹ “La Reforma del Concordato”, *VL*, 4 de agosto de 1923. El argumento de la traición a la cristiandad es defendido tras el cierre de un templo, por orden del obispo de San Gil en Barichara, tomado de “Las puertas del templo fueron cerradas”, *VL*, 1 de noviembre de 1923.

³² “La Vendee colombiana”, *VL*, 27 de agosto de 1922.

aquí hemos ido defendiendo, la modernidad situada frente al oscurantismo, la posibilidad de que Colombia rompiera con un pesado lastre o la condena a una ignorancia y una violencia endémicas. El clero y los conservadores fariseos, con el escapulario manchado y mugriento mientras escondían bajo sus ropas armas, muchas de ellas bendecidas por el clero. Imagen repetida, universalizada por todo el liberalismo que muestra pautas por donde los acontecimientos habrán de desarrollarse.

La imagen del clero politiquero estaba casi asentada. Su figura traspasaría el umbral de la representación religiosa para pasar a encarnar opción política sacralizada y excluyente. El clero aprovechaba aquella antigua posición de autoridad para influir pérfidamente en la vida política colombiana. Pero ahora el liberalismo no se dejaría engañar, puesto que ya distinguía y había objetivado la diferencia entre los verdaderos servidores de la religión y los "falsos profetas", que aprovechaban su sotana para "quedar inmunizados contra la ley y aseguraba a quien la vestía una impunidad odiosa, un privilegio de excepción" que se acabaría en el mismo momento en el que esa sotana le fuese arrancada, así fuese a través de la violencia (Vanguardia Liberal, 1923)³³

Porque el liberalismo había concluido que la lucha por la desclericalización de la vida política colombiana y de su acervo cultural no era una lucha contra la religión de Cristo, sino un ejercicio de purificación de aquella y un intento, esta vez más radical, de romper con un lastre que minimizaba sus posibilidades de triunfo electoral. Se hablaba de "intromisión del clero" y de "traición a su misión evangélica", por lo que la lucha contra estos falsos profetas era una obligación casi de naturaleza cristiana. Así, Vanguardia Liberal reiteraba sus intenciones y las hacía explícitas:

"mientras se salgan de su sagrado ministerio, estaremos listos a emprenderla contra ellos", y al proceder así "queremos cumplir

un deber de patriotas para con la patria (sic), la sociedad y prestar un importante servicio inclusive a la religión, de la cual se nos considera enemigos, porque no hay labor más eficaz en el sentido de descotolizar el país y de crearle resistencias al clero, que el empeño de éste por enardecer las luchas partidaristas (sic) y por absorber en su provecho público todas las atribuciones del ministerio público", consiguiendo con ello "detener el progreso y la renovación" del país (Vanguardia Liberal, 1923).³⁴

A pesar de que se ha repetido hasta la saciedad en la mayor parte de la historiografía colombianista la idea de que en este país no podía existir anticlericalismo debido al profundo arraigo católico de la inmensa mayoría del país, nosotros defendemos una idea distinta que pretendemos haga reformular el problema desde otra perspectiva: en Colombia el anticlericalismo nutrió la lógica política y le dotó de representaciones emocionales, míticas y movilizadoras. El anticlericalismo, contra lo que se ha dicho, no sólo fue víctima del bipartidismo, sino que al contrario se convirtió en uno de sus motores.

Y es que somos firmes defensores de la idea de que estos movimientos anticlericales no sólo se oponían, como tanto se ha defendido, a la estructura social, sino que trataban de llenar sus vacíos. En el fondo no estamos sólo ante un movimiento que se rebela contra una institución que da sentido a la sociedad, sino que se rebelan, y esto es fundamental, contra la misma incapacidad de la sociedad de generar instituciones capaces de otorgarles un sentido completo. Por eso mismo el anticlericalismo debe ser analizado como algo mucho más complejo que un "anti", que un movimiento de resistencia. Pues pensamos que en buena medida fue un desbordante intento de cerrar esa crisis de sentido que la modernidad había abierto y que el catolicismo había sido incapaz de atajar.

³³ La descripción del estatus que da la sotana al cura en "Agitaciones en Barichara", VL, 11 de octubre de 1923.

³⁴ "La intromisión del clero", VL, 9 de noviembre de 1923.



Referencias

Delgado, M. (2001). *Luces Iconoclastas. Anticlericalismo, espacio y ritual en la España Contemporánea*. Barcelona: Ariel.

El Espectador. (1920). *Hacia la lucha religiosa*, 19 de mayo .

El Tiempo. (1929). *Lucha funesta para el catolicismo*, 5 de diciembre .

Parra, J. (1922). *Conferencia política en el salón de Gremios Unidos de Cúcuta*, Vanguardia Liberal, 7 de septiembre.

Vanguardia Liberal (1920). *Desagravio*, 3 de julio.

Vanguardia Liberal. (1920). *La escuela de Artes y Oficios*, 27 de abril

Vanguardia Liberal. (1920). *La crítica del Corpus Christi en Fiesta de la Buena prensa*, 5 de junio .

Vanguardia Liberal. (1920). *Teóricos de la moral*, 9 enero .

Vanguardia Liberal. (1920). *La crítica del adefesio litúrgico en Fiesta de la Buena Prensa*, 31 de mayo.

Vanguardia Liberal. (1921). *Ecos nacionales*, 14 septiembre .

Vanguardia Liberal. (1921). *El ateísmo clerical*, 3 octubre.

Vanguardia Liberal. (1921). *El Concejo de Lebrija propone el cambio de párroco*, 19 de octubre .

Vanguardia Liberal. (1921). *En Florida: Un cura politiquero en sermón contra los liberales*, 13 de octubre.

Vanguardia Liberal. (1921). *Injurias a una distinguida señorita*, 30 de agosto.

Vanguardia Liberal. (1921). *La escopeta electoral de Lebrija*, 7 octubre .

Vanguardia Liberal. (1921). *La religión y la mujer*, 26 de septiembre .

Vanguardia Liberal. (1921). *Los discípulos de Cristo*, 21 de octubre.

Vanguardia Liberal. (1921). *Plausible actitud*, 20 de octubre .

Vanguardia Liberal. (1921). *Pólvora y Tedeum*, 20 de julio.

Vanguardia Liberal. (1921). *Sobre faldas y descotes*, 1 de septiembre .

Vanguardia Liberal. (1922). *A los venerables sacerdotes colombianos. Palabras fraternales*, 13 de febrero

Vanguardia Liberal. (1922). *Acción social*, 30 de mayo.

Vanguardia Liberal. (1922). *El clero y la política*, 27 de mayo.

Vanguardia Liberal. (1922). *El desprestigio del clero*, 17 de febrero.

Vanguardia Liberal. (1922). *Es asesinado en Lebrija el señor Santos Sanabria*, 23 de enero.

Vanguardia Liberal. (1922). *La lucha*, 1 de febrero.

Vanguardia Liberal. (1922). *La mujer liberal ante la barbarie eclesiástica*, 24 de mayo.

Vanguardia Liberal. (1922). *La Vendee colombiana*, 27 de agosto .

Vanguardia Liberal. (1922). *Persecución a los liberales*, 19 de octubre .

Vanguardia Liberal. (1922). *Profanación del cementerio católico*, 10 de septiembre.

Vanguardia Liberal. (1922). *Una hija de María profana es sagrario*, 21 de febrero.

Vanguardia Liberal. (1923). *Las puertas del templo fueron cerradas*, 1 de noviembre.

Vanguardia Liberal. (1923). *Un niño atropellado*, 7 de marzo .

Vanguardia Liberal. (1923). *El desprestigio del clero*, 17 de febrero .

Vanguardia Liberal. (1923). *El desprestigio del clero*, 17 de febrero.

Vanguardia Liberal. (1923). *El discurso machista en torno a la nefasta influencia del clero en los hogares y la alteración de los roles que la mujer debía desempeñar en "La paz de los hogares"*, 20 de febrero.

Vanguardia Liberal. (1923). *La descripción del estatus que da la sotana al cura en Agitaciones en Barichara*, 11 de octubre .

Vanguardia Liberal. (1923). *La Dictadura clerical*, 9 de agosto.

Vanguardia Liberal. (1923). *La intromisión del clero*, 9 de noviembre .

Vanguardia Liberal. (1923). *La paz de los hogares*, 7 de marzo.

Vanguardia Liberal. (1923). *La Reforma del Concordato*, 4 de agosto .

Vanguardia Liberal. (1923). *Satisfacciones que no bastan*, 8 de diciembre .

Vanguardia Liberal. (1923). *Vasconcelos y el Cristo*, 18 de agosto .